

Editorial

Gabriel Silva Luján

Es para mí un honor dirigirme hoy por primera vez al Consejo Internacional del Café en mi condición de nuevo Gerente General de la Federación Nacional de Cafeteros. Esta no es la primera vez que asisto a estos encuentros. Mi primera experiencia en la diplomacia del grano –bajo la sabia tutoría de Don Jorge Cárdenas– fue como miembro de la delegación de Colombia ante la OIC a finales de la década de los ochenta. Fui testigo de uno de los momentos más difíciles de esta Organización cuando, en medio de la incompreensión de algunos y la intransigencia de otros, se derrumbaron las cláusulas económicas del Acuerdo Internacional del Café. Ya ha corrido bastante tiempo, pero a diferencia de las heridas del cuerpo y del alma las llagas que dejó el colapso de las políticas del ordenamiento del mercado no sanan sino que son cada día más hondas, más dolorosas y más graves. El mundo del café que existía cuando apenas me iniciaba en estas faenas no tiene nada que ver con las crudas realidades que hoy nos toca enfrentar.

No pretendo repetir aquí los múltiples y profundos análisis que ya se han publicado sobre la extremadamente crítica situación que están viviendo los productores de café del mundo. Pero tampoco puedo dejar de unir la voz de Colombia a las denuncias que señalan el acelerado deterioro social, económico, político, e incluso empresarial, que amenaza con llevar al colapso a la caficultura mundial. Desde la óptica de los cultivadores del grano se está atravesando la crisis más grave de que se tenga memoria. De la mano de los precios más bajos de la historia, a las zonas cafeteras del mundo ha llegado el espectro de la

desnutrición, del analfabetismo, de la desarticulación familiar y social, e incluso de la violencia y de los cultivos ilícitos. El empobrecimiento generalizado ha promovido la migración rural/urbana y transnacional, la deforestación, el estancamiento económico generalizado y la inestabilidad institucional a lo largo y ancho de todos los países donde habitan veinticinco millones de familias que dependen del café. Y estos millones de hombres, mujeres y niños están encadenados a sus cafetales porque –en la mayoría de los casos– no tienen otra opción distinta que cultivar el grano o hundirse en la miseria absoluta.

¿Qué ha cambiado tan dramáticamente en el mundo del café para que en una década se haya pasado de una situación de relativo bienestar a la desesperación en que están sumidos los cafeteros? ¿Quién se ha beneficiado de ésta nueva situación y por qué no hemos podido superarla?

En el origen de esta crisis se encuentra sin duda la pérdida de eficacia de los mecanismos de coordinación entre productores y consumidores. Alentados por las supuestas bondades de un mercado sin dirección, los países consumidores e incluso algunos de los productores sucumbieron a la tentación de sacrificar las bases de la cooperación internacional en materia de política cafetera. El resultado de ese experimento claramente ha inclinado la balanza en contra de quienes tienen menos poder relativo en la economía política del grano.

Tenemos hoy una distribución del ingreso cafetero mundial que privilegia y concentra las utilidades del negocio en los segmentos no productores de la industria. El exceso de oferta ha

* Intervención del Gerente General de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, Dr. Gabriel Silva Luján, ante el Consejo Internacional del Café. Organización Internacional del Café Londres, septiembre 24 del 2002.

llevado a las cotizaciones a su nivel más bajo en la historia. El consumidor está bebiendo un café de menor calidad y a precios considerablemente más altos. Basta señalar que el precio de una libra de café en las estanterías de los grandes supermercados se ha incrementado en 20.6%, en los últimos cinco años, mientras que en igual periodo los ingresos del productor se han disminuido en más de un 50%. No es necesario ahondar más para concluir que el comienzo y el final de la cadena del café –el productor y el consumidor– no son precisamente quienes se ha beneficiado del nuevo orden.

Y me atrevería a decir que a pesar de los jugosos dividendos que se observan en los balances de los grandes actores e intermediarios de la industria, ellos tampoco terminarán beneficiándose en el mediano plazo del colapso de la caficultura mundial. De continuar la situación actual, los comercializadores, tostadores y distribuidores se verán enfrentados a un mercado sin diversidad, con una oferta polarizada con una parte en manos de una caficultura de hambre y subsistencia –intrínsecamente inestable en cuanto a volumen y suministro– y de otra, una caficultura industrializada o estatizada carente de los elementos culturales, ambientales y agronómicos, que garantizan la riqueza diferenciadora que es lo que le da su razón de ser a nuestra bebida.

Ya se empieza a notar el impacto que ha tenido el empobrecimiento de los productores en la calidad y por ende en la dinámica del consumo. Ya se observa la extinción de la cultura del café en zonas que por más de siglo y medio fueron líderes y pioneras de la actividad. Aquí lo que está en juego es la supervivencia misma de una industria y de una actividad que tanto bienestar y tantas oportunidades ha traído a todos sus participantes.

Sin duda las crisis, tarde o temprano, se resuelven. Una situación tan extremadamente inequitativa e inestable no puede durar para siempre. La pregunta es si nos vamos a convertir en observadores pasivos y permitir que sea simplemente la inercia de las fuerzas del mercado las que en últimas nos entreguen el veredicto final

sobre el futuro de la caficultura. O por el contrario, vamos a reconocer que existe un interés superior –común a los productores, los consumidores y la industria– para orientar ese proceso de ajuste y transición de manera que la crisis se pueda administrar reduciendo sus consecuencias y minimizando el sufrimiento. Para lo primero –para sentarnos a esperar que el edificio de la caficultura mundial se derrumbe– la verdad es que sobran esta reunión, esta organización y las muchas palabras que aquí se pronuncien. Para lo segundo, es decir para construir salidas, para encontrar fórmulas, para darle rienda suelta a la imaginación, y sobre todo para adquirir compromisos y demostrar voluntad para actuar mancomunadamente, sí hace sentido perseverar en un diálogo político.

Si aquí nos convocan para la inutilidad o para darle un barniz de legitimidad al actual status–quo no tendremos otro camino que reconocer que no existe ese ánimo colectivo de convergencia y se hará necesario buscar otros escenarios y otros instrumentos. Si en cambio se observa una disposición a avanzar en la definición e implementación de soluciones, nos regresará el entusiasmo y la esperanza que siempre le hemos puesto a las posibilidades de trabajar juntos.

Colombia es un convencido de las posibilidades de la cooperación internacional. Creemos que hay mucho por hacer en defensa de la calidad; en la disminución organizada y socialmente equilibrada del área en producción; en defensa del medio ambiente y la sostenibilidad de la caficultura; en la instrumentación de programas de respaldo financiero a la reconversión, la sustitución y la promoción; en fin, en tantas áreas de iniciativa conjunta. Pero la condición para que todo ello sea posible es la voluntad política colectiva.

El camino que se escoja determinará si el futuro de la caficultura se va a construir mediante la concertación o la confrontación. El camino que se escoja definirá si los consumidores no tendrán más opción que una producción altamente concentrada, de calidad dudosa y con suministros poco confiables o si podrán seguir gozando de la variedad a precios aceptables. El camino que se

escoja definirá si cuarenta países son viables o seguirán hundiéndose en ese torbellino de inestabilidad que afecta al mundo. Y lo más importante, el camino que se escoja, determinará si el café

se sigue sembrando con sangre y beneficiando con lágrimas o si volverá a ser el grano de la sonrisa y de la esperanza para millones de familias en el mundo.